

Memorias reclamantes: *Cosecha de huesos* de Edwidge Danticat

Por Yolanda RICARDO GARCELL*

LAS MISMAS COSTAS, las mismas montañas, los mismos ríos, una sola frontera pero una hermandad quebrada, mucho por hacer. Ésa es la mítica ínsula de La Española, Ayiti/Quisqueya o Quisqueyra en lengua indígena, la de Anacaona, la de las guerrilleras haitianas independentistas Marie-Jeanne Lamartinière, Sanité Bélair, Victoria “Abdayara Toya” Montou, considerada la madre de la independencia haitiana, de las Hermanas Mirabal y de las luchadoras dominicanas de la Revolución de Abril. El Río Masacre, río fronterizo geográficamente identificado como Dajabón, que no debiera separar sino unir al pueblo haitiano y al dominicano, recogió los lamentos de quienes fueron cazados como bestias por el solo hecho de su origen, en octubre de 1937. Se trataba de la antihaitiana Operación Perejil, también llamada El Corte o la Operación de Cabezas Haitianas,¹ diseñada por una de las tiranías más sangrientas y prolongadas de América Latina, la del autodenominado Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo Molina, Comandante Supremo, Presidente de la República Dominicana.

La Operación Perejil, aplicada a los haitianos que residían o trabajaban en tierras dominicanas o eran dominicanos de ascendencia haitiana, fundamentalmente campesinos, comenzaba por la prueba gutural, la erre “gangosa”, se diría entonces, del vocablo *perejil*. Si era articulado al modo francés, arrastrando la “r”, ya ésa era una prueba convertida en instrumento mortífero para que el ejército trujillista o sus colaboradores (los sectores racistas de la población o los temibles paramilitares) identificaran a los haitianos. Una contingencia lingüística fue manipulada desde la blancofilia xenófoba, amurallada en la autocracia trujillista y en los prejuicios derivados de lo que Frantz Fanon había denunciado en su texto *Piel negra*,

* Profesora titular de la Universidad de La Habana; miembro de la Asociación de Escritores de Cuba; e-mail: <dolores421@cubarte.cult.cu>.

¹ Para los haitianos esta acción sanguinaria fue denominada *kout kouto*, lo que corta y convierte en rodajas.

máscaras blancas (1952) y mucho antes Anténor Firmin, célebre intelectual haitiano cuestionador del racismo europeo, en su obra *La igualdad de las razas humanas* (1885). José Martí, el gran pensador cubano, se pronunció en el mismo sentido humanista desde las páginas del periódico *Patria* en los años noventa del siglo XIX.

Con hechos como los ocurridos en la denominada Operación Perejil, no por pasados menos escalofriantes y condenables a la luz de hoy, es posible afirmar que la dimensión comunicativa y dinamizadora de la palabra dominó todo lo creíble. En busca de dar sentido a las infinitas realidades a partir de las mediaciones del lenguaje, esta proyección del *verbo* ha sido teorizada tanto en el clásico libro *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas* (1966), de Michel Foucault, como en las obras de otros pensadores en varios campos de las ciencias sociales (comunicación, semiótica, filosofía, lingüística). A través de algo tan sencillo como las hojas de una planta se representa la atroz realidad en esa terrible fecha del siglo pasado; la palabra sirvió como trampa, pues el significado inherente actuaba a la inversa contra quien la pronunciaba. Un simple sonido articulado por la voz humana sobrepasaba los límites de *las cosas* para revelar el verdadero sentido de la barbarie racista y xenófoba. Signos fónicos que justificaron lo injustificable y desataron la tragedia. El “murmullo insistente de la semejanza”,² necesario en la representación, tuvo sucedáneos nefastos: los sonidos emitidos por el macheteo de las fuerzas asesinas del antes mencionado Rafael Trujillo.

Sin entrar en consideraciones epistemológicas, puesto que lo sustantivamente humano rebasaba cualquier criterio teórico, el intelectual haitiano René Philoctète develó la situación singular —diríamos surreal— que tenía lugar en la zona fronteriza de Haití y República Dominicana, provocada por las fuerzas represivas trujillistas, como razón oficial, razón de gobierno, “*Razón de Estado* [...] proclama un aviso del Comité de Cabezas Haitianas”.³

² Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas* (1966), Elsa Cecilia Frost, trad., Buenos Aires, Siglo XXI, 1968, p. 75.

³ René Philoctète, “La palabra perejil”, en Laura Estela López Morales, comp. y trad., *Literatura francófona de las Antillas*, II. *América*, México, FCE, 1996 (Col. *Tierra firme*), pp. 162-167, esp. p. 163. Primero apareció en un texto del propio Philoctète, *Le peuple des terres mêlées*, Puerto Príncipe, Deschamps, 1989, pp. 94-102; también su primera novela, *Río Masacre* (Barcelona, Barataria, 2012), se basa en el tema de la operación antihaitiana de la dictadura trujillista, cuyos objetivos obedecían a políticas de

Desde la palabra y en nombre de la palabra, Philoctète habló de saqueo, violaciones, robos, asesinatos, torturas, parodia del derecho y la razón, destierros, el disfraz de *pícaros en devotos* y de la demagogia de pedir convivencia pacífica (en medio de la miseria) e ilusoria armonía social para las clases explotadas. Las palabras “tienen certificado de defunción”.⁴ Nada mejor para dibujar el entorno de la Operación Perejil que la transformación del *pèsi* en creole haitiano, desde una planta bienhechora, de propiedades nutritivas y medicinales, en diabólico instrumento. Dice uno de los personajes de Edwidge Danticat, en la novela *Cosecha de huesos* (1998): “Usábamos perejil en la comida, en el té, en el baño, para limpiarnos por dentro y por fuera. Tal vez el Generalísimo, a escala mayor, quisiera hacer lo mismo con su país entero”.⁵

Es verdad que la historia de ambas naciones acumuló rencores y desencuentros que han dejado improntas indelebles en la vida de haitianos y dominicanos, rencores que sólo el humanismo y el respeto al prójimo pueden resolver, porque el ser humano debe estar siempre por encima de decisiones históricas o políticas de los poderes de turno. Y eso no se tuvo en cuenta cuando la dictadura de Trujillo decretó el salvajismo genocida contra los haitianos. Serán desaparecidos en el mar, cortados, apuñalados, apaleados, desterrados para repoblar los lugares con gente blanca. Todo ello para cumplir el plan trujillista de homogeneizar la dominicanidad fronteriza que se “contaminaba” progresivamente con las inyecciones de sectores poblacionales haitianos y con el intercambio cotidiano de los que iban y venían.

Un río que cada día pasan a pie mujeres y hombres para buscar sobrevivencia evoca aquellos días. ¿Cuánto valía cada haitiano en términos de la dictadura trujillista? Unos pocos pesos como indemnización por esas muertes entregó la dictadura trujillista al régimen haitiano de Sténio Vincent. ¿Sería acaso una muestra más de humor negro ahistórico o sarcasmo de raigambre nazi, fascista o

blanqueamiento o “saneamiento” étnico tipo nazi-fascistoide. Sus principales víctimas fueron los más desfavorecidos, los que necesitaban atravesar la frontera para someterse a una especie de neoesclavitud como braceros en los centrales azucareros dominicanos.

⁴ Philoctète, “La palabra perejil” [n. 3], p. 166.

⁵ Edwidge Danticat, *Cosecha de huesos*, Marcelo Cohen, trad., Bogotá, Norma, 1999, p. 203; a partir de ahora las referencias a las páginas de esta novela aparecerán entre paréntesis junto al texto.

de sicariatos?, cabría preguntarse todavía. Sujeta también a interrogantes está la cuestión del número de asesinados y desaparecidos.

Antecedido por el escritor haitiano Jacques Stephen Alexis, quien en los años cincuenta del siglo pasado se refirió a la masacre en su obra narrativa, el autor dominicano Freddy Prestol Castillo publicó en Santo Domingo, en diciembre de 1973, su libro *El Masacre se pasa a pie*, que alcanzó con la octava tirada la cantidad de veintisiete mil ejemplares.⁶ Su valor testimonial, aunque “desvalorizador” para los haitianos, explica en gran parte el éxito editorial.⁷ Describe un holocausto de nuevo tipo, llevado a cabo no con cámaras de gas, sino con cuchillos, estiletes, puñales y rudimentarios machetes, el instrumento del campesino. En su texto Prestol Castillo reportó entre doce y veinte mil muertos. Una cifra que la ficción modifica para aumentarla. No importa si fueron más o menos, aunque hubiera sido uno solo.

En la esfera narrativa, la renombrada escritora haitiana Edwidge Danticat entregó toda su sensibilidad en la creación de personajes y episodios que reviven la masacre ocurrida en octubre de 1937 en *Cosecha de huesos* (1998).⁸ Danticat es una escritora valorada por la crítica por sus nexos significativos con expresiones no sólo de su propio país, lo que obviamente la distingue, sino también con la producción afroamericana, la feminista y la llamada literatura postcolonial. Por ello no es extraño que ella retomara este episodio

⁶ Freddy Prestol Castillo, *El Masacre se pasa a pie* (1973), Santo Domingo, Taller, 1977.

⁷ Cf. Rosa María Latino, “Diálogos con el pasado: la novela histórica. ‘Operación Perejil’, historia de cicatrices”, *Literatura, História e Memória* (Universidade Estadual do Oeste do Paraná, Brasil), vol. 7, núm. 9 (2011), pp. 129-146, pp. 129-135, en DE: <<http://e-revista.unioeste.br/index.php/rlhm/article/view/5839/4398>>. La citada estudiosa argentina considera que “las expresiones utilizadas a lo largo de la obra de Prestol Castillo para referirse a los haitianos son totalmente desvalorizantes”, p. 139; en un recuento apretado, señala que “son tratados de ‘garrapatas’”, p. 72; “no son hombres, son meros ladrones [...] que roban por la noche”, p. 74; “hambrientos” que el “hambre lanza a ese pueblo a pasar la raya fronteriza”, p. 73; “un haitiano vale menos que un mango”, p. 73; “meros ‘peones baratos’”, p. 74; “el haitiano es un caminante de la noche”, p. 75; son “denunciados por ‘su olor a estiércol’”, p. 75; es “una raza primitiva”, p. 75; “más negro que los cuervos”, p. 77; “mala yeiba!... que hay que arrancaila pa que no retoñe!” [*sic*], p. 78; “se desplazan [...] como el ir y venir del perro flaco, en la caminata del hambre, como los haitianos”, p. 85. Sin embargo, las menciones de sucesos condenables son presentadas por momentos de manera eufemística.

⁸ De origen haitiano, Edwidge Danticat nació en 1969 y siendo adolescente emigró a Estados Unidos; pertenece hoy al grupo de las mejores novelistas de dicho país, con obras traducidas a más de diez lenguas y varios premios en su haber.

de las tantas atrocidades cometidas por uno de los megalómanos más terribles del Caribe, el dictador Rafael Trujillo.

Conviene recordar que, asumida temáticamente, la figura del dictador pertenece a un *continuum* desgarrador de personajes y sistemas represivos, muy cultivado en las letras latinoamericanas y caribeñas, en las que Danticat ha ganado su lugar. En esta dirección no podrían olvidarse títulos como *El señor presidente* (1946) de Miguel Ángel Asturias; *Amour, colère et folie* (1968) de Marie Vieux-Chauvet; *Escalera para Electra* (1970) de Aída Cartagena Portalatín; *Yo el supremo* (1974) de Augusto Roa Bastos; *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez; *Maten al león* (1977) de Jorge Ibargüengoitia; *El recurso del método* (1978) de Alejo Carpentier; *Sólo cenizas hallarás* (1980) de Pedro Vergés; *Les chemins de Loco-Miroir* (1990) de Lilas Desquiron; *Bienvenida y la noche* (1994) de Manuel Rueda; *En el tiempo de las mariposas* (1994) de Julia Álvarez; *La fiesta del Chivo* (2000) de Mario Vargas Llosa; *Charamicos* (2003) de Ángela Hernández; *Un alligator nommé Rosa* (2007) de Marie-Célie Agnant; *La couleur de l'aube* (2008) de Yanick Lahens; *La memoria acorralada* (2011) de Évelyne Trouillot, entre otras.

La escritura de mujeres en América Latina y el Caribe con frecuencia transfiere sus códigos a la estetización temática del poder de caudillos y caciques diseñados desde los autoritarismos. Ocupan lugar preferencial en este registro *Los recuerdos del porvenir* (1963) de Elena Garro; *Aquí pasan cosas raras* (1975) de Luisa Valenzuela; *Lumpérica* (1983) de Diamela Eltit; *Para que no me olvides* (1993) de Marcela Serrano; *La mujer habitada* (1988) de Gioconda Belli; *Naciste pintada* (1999) de Carmen Berenguer y *El vuelo de la memoria* (2002) de Mónica Echeverría. En el Caribe las novelistas ficcionalizan el contexto represivo sobre todo en torno a la dictadura de Rafael Trujillo en República Dominicana (1930-1961)⁹ y, en Haití, la de François Duvalier y Jean-Claude Duvalier (*Papa Doc* y su hijo *Baby Doc*, de 1957 a 1986). La de Fulgencio Batista en Cuba, en los años cincuenta del siglo pasado, aparece en un entorno bien delineado a partir de la mafia que se movió en

⁹ Una tiranía que no desapareció con el ajusticiamiento del dictador. Parece existir consenso en hablar del “trujillismo sin Trujillo”, referido al mandato de Joaquín Balaguer Ricardo, o balaguerismo, y la continuidad de los métodos represivos bajo un aparente manto de democracia.

el círculo de Meyer Lanski y el poder dictatorial que lo sustentaba, en la novela *Son de almendra* (2005), de Mayra Montero. Sin dejar de ser cruel y destructivo, Trujillo aparece caricaturizado en la ya mencionada *En el tiempo de las mariposas*, de Julia Álvarez.

La prolongada tiranía de los Duvalier es tópico recurrente en numerosas obras haitianas. Es el caso de las novelas antes mencionadas de Marie Vieux-Chauvet, Lilas Desquiron, Marie-Célie Agnant, Évelyne Trouillot.¹⁰ La figura del dictador aparece omnipresente en su sistema autocrático, del que derivan indescriptibles desmanes y crueldades. Un referente significativo del siglo pasado es la novela *Ecos del Caribe* (1996) de Micheline Dusseck. Aparecen allí episodios centrados en la dictadura de Papa Doc y en sus Tonton Macoutes que campean por doquier con su barbarie, como la masacre de campesinos y cacos en Jérémie en 1964. En el caso de *La memoria acorralada* de Évelyne Trouillot la dictadura es vista desde sus secuelas en la subjetividad femenina en una etapa posdictadura, al seguir el curso en Europa de la viuda de Duvalier.

A pesar de los ensayos, los artículos y las narrativas que han reproducido imágenes y contextos del eje conceptual que arma el presente artículo, el tema parece no agotarse. Dos años después de la publicación de *Ecos del Caribe*, de Dusseck, Edwigde Danticat, entonces novel escritora, abrió un nuevo capítulo en el tema con la obra *The farming of bones*, convertida en *Cosecha de huesos* en 1999, en virtud de la traducción al español por Marcelo Cohen. La habían precedido obras tan exitosas como su novela *Breath, eyes, memory* (1994) y el libro de cuentos *Krik?, Krak!* (1995), ambos con varias traducciones a una decena de lenguas. En *Krik?, Krak!*, Danticat ya incorpora el tema de la masacre de 1937 con el relato titulado “Mil novecientos treinta y siete”.

Se trata sin lugar a dudas de toda una producción escritural que rebasa lo puramente histórico para dar lugar a lo que se ha venido llamando *intrahistoria*, especie de atinada revisitación a aquellas luces de Miguel de Unamuno cuando en 1945 aludía a la asunción temática y novelada de subjetividades, campos y sectores invisibilizados. La estudiosa venezolana Luz Marina Rivas se refirió a esa

¹⁰ El duvalierismo también está en el trasfondo de novelas como *La trenza de la hermosa luna* (1987), *Del rojo de su sombra* (1992) y *Tú, la oscuridad* (1995) de la escritora cubana Mayra Montero.

narrativa dedicada a resemantizar la historia de las gentes anónimas —replicada en teóricas como la lituana Biruté Ciplijauskaitė, la uruguaya Gloria da Cunha Giabbai y la española María del Carmen Boves Naves—, para dar cuenta de escritoras que presentaron la perspectiva de los subalternos sociales y, de modo particular, las vicisitudes de la vida de la mujer.¹¹

Temporal y temáticamente es posible articular de modo general la obra de Danticat con los vórtices creativos de la novela histórica, aunque su realización estética se resiste bastante a una clasificación única. El peso de lo histórico se transparenta en su asunción pendular de los hechos, desde la verdad supuestamente irrefutable del acontecer en el pasado hasta su inclinación al relato intrahistórico. *Cosecha de huesos* lo evidencia sobre todo en los pasajes en los que prima la subjetividad que permea los ámbitos cotidianos de los haitianos más humildes y vulnerables, quebrados por la persecución y desgarrados por la pobreza, la discriminación y la violencia. De ese modo se manifiesta la dinámica narrativa en tensión permanente entre la verdad histórica y su nivel estético de ficcionalización. Y como hilo axial de las peripecias narrativas la voz de su protagonista femenina: Amabelle Désir.

En esta impresionante novela, con una línea argumental sencilla armada en cuarenta y un capítulos, los cronotopos se desarrollan a partir del año 1937 hasta el ajusticiamiento de Trujillo en 1961. La autora ofrece el escenario del genocidio, contextos y personajes ficcionalizados con todo el vigor de un testimonio, aunque sus personajes no tengan los nombres de los seres humanos verdaderos. Entretanto, se despliegan las vicisitudes de los haitianos y sus descendientes en tierras dominicanas.

De la prehistoria de la protagonista se conoce que a la edad de ocho años, y tras la trágica muerte de sus padres en el río, había sido recogida por un coronel del ejército dominicano y su esposa, quienes la llevaron a vivir con ellos. Allí creció junto a su patrona, la señora Valencia, a quien sirve y quiere, en tanto reserva su más íntima sensibilidad para Sebastián Onius, un cortador de caña. El amor de la diada Amabelle-Sebastián llena los episodios iniciales.

¹¹ Véase Luz Marina Rivas, “La novela intrahistórica y el Caribe hispánico en la ficción femenina”, *Estudio. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* (Caracas, USB), año 9, núm. 18 (julio-diciembre de 2001), pp. 103-126, particularmente p. 107.

Pero los destinos de los dos jóvenes se enredan en una decisiva encrucijada. Ambos están en República Dominicana cuando se desencadenan los sucesos de 1937. Antes de que puedan unirse definitivamente se desata el horror. Todo se derrumba en la jornada terrorífica. Estos dos personajes condensan las angustias y desgarramientos derivados de la persecución y serán víctimas de las medidas represivas de la Operación Perejil. Están en lugares distintos y esto marca un adiós sin remedio. Deberán partir de la nada, pues no tienen verdaderos asideros para la huida.

Una vez desatada la operación, el miedo ha ido creciendo, corre por llanuras y montañas con una pulsión similar a la carrera cinética del veneno de Mackandal en *El reino de este mundo*, aunque con propósitos de signo contrario: “Los soldados arreaban a la gente con látigos, ramas de árboles y bastones” (p. 159). Los personajes se turnaban para dormir, previendo ataques. En medio de aquella especie de *muerte social* —en el sentido conceptualizado por Orlando Patterson, equivalente a dejar de ser—¹² sintieron a su alrededor en medio del terror el olor a carne chamuscada de una hoguera de cadáveres (p. 182). Algunos comentaban que en las calles los cercaban, les llenaban la boca de perejil, los golpeaban, los macheteaban. Sólo en Santiago de los Caballeros en un patio mataron a setecientos haitianos con disparos por la espalda; en Montecristi obligaron a saltar desde el muelle a más de doscientos; unos soldados asaltaron una granja de caballos y como no encontraron haitianos mataron a todos los caballos, machetearon a muchos. También alguien manifestó que en los días de Jean-Jacques Dessalines, Toussaint Louverture y Henri Christophe los respetaban. Pero al *Papá Vincent* no le importaba: “Ve el río de nuestra sangre y no grita” (p. 212).

El curso narrativo en plena tensión traumática recoge nuevos abusos y sufrimientos. En las prisiones los amarraban, apaleaban, obligaban a beber su propia orina (p. 258). Nada más cercano al sadismo enloquecido. Los perseguidos tomaron el camino de la frontera. Ven muerte a su paso. Se encuentran con otros que huyen. Tibon, uno de ellos, les cuenta cómo los llevaban a un acantilado en La Romana. Los obligaban a lanzarse. Cuando cae ve campesinos

¹² Orlando Patterson, *Slavery and social death: a comparative study*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1982.

que lo esperan con machetes para matarlo.¹³ Se refugia en una gruta marina. Otras mujeres, algunas dominicanas unidas a haitianas, lloran. Se lamenta Tibon: “—Si tantos de nosotros estamos aquí es porque nuestro gobierno nos ha abandonado —empezó de nuevo Tibon, pero nadie le contestó. Quieren librar el país de pobres vendiéndolos como braceros” (p. 179).

Continúan las peripecias: una mujer que tartamudeaba mezclando castellano con *kreyol* se lamenta, porque ni ella ni los suyos conocen el otro lado, el de su tierra haitiana, y los dominicanos no le quieren dar los papeles, por lo que su hijo no puede ir a la escuela. Otra dice que a los que no trabajen en los trapiches yanquis los mandarán de vuelta a Haití. Uno más del grupo afirma que los dueños les retienen los papeles para hacer con ellos lo que se les antoje (pp. 77-78). Mientras comentan la muerte de uno de los suyos, otro personaje les advierte que lo mismo les sucederá a los demás si no se unen para defenderse. La propia novela muestra a haitianos que se organizan portando machetes (p. 159). Alrededor de ellos crece la marea destructora:

los rumores no corrían en vano, sostuvo alguien. Una mujer se puso a contar historias que había oído. Una semana antes ante la mesa misma de la cena, un coronel había apuñalado a la cocinera que trabajaba para él desde hacía treinta años. Unos guardias de campo habían sacado a dos hermanos del cañaveral y los habían destajado a machetazos; al parecer alguien lo había visto con sus propios ojos. Se decía que el Generalísimo, durante un recorrido por la frontera, había ordenado ejecutar a todos los haitianos. Se estaba pidiendo a los dominicanos pobres que los entregaran a los soldados. ¿Por qué no se les iba a pedir lo mismo también a los ricos? (pp. 118-119).

Los que lograron salvarse llegaron a la otra orilla del río hambrientos, desolados, con el cuerpo y el alma en jirones. Su apariencia provocaba gemidos de lástima en todos los que los veían. “Ahora mi carne era un simple mapa de magulladuras y cicatrices, un testamento estropeado”, dice Amabelle (p. 224). Esta protagonista es legítima expresión de la mujer cercenada en lo más íntimo de su ser, el ser de los emigrantes perseguidos, despojados de todo,

¹³ Si bien la novela refiere que hubo civiles dominicanos armados para participar de la matanza, no faltaron los que se solidarizaron con los haitianos, aun cuando esa misma solidaridad estuviera entreverada con cierta subestimación. Por la solidaridad de la población dominicana se salvaron algunos.

hasta de su identidad que debieron esconder en cada *perejil* que pronunciaran. Posteriormente, ya en su país, constata su deplorable realidad, mientras llora con hondo sentimiento. Lamenta la pérdida de muchos seres queridos, entre ellos Sebastián, su amor. Quebrada sentimentalmente, siente que le falta todo de él, pero aún conserva la esperanza del reencuentro. Las remembranzas vuelven sin cesar: “Pensar en el regreso de Sebastián me despertó el deseo de que me creciera de nuevo el pelo, lo que no estaba pasando, me dejaran de zumbiar los tímpanos, las rodillas se me doblaran sin dolor, se me reacomodara la mandíbula y pudiera sonreír sin parecer una mula comiendo” (p. 227).

En el antes y el ahora de su tiempo real, va emergiendo el diseño de este personaje tan singular. Definitivamente Amabelle Désir responde a la concepción del rizoma caribeño argumentado por Édouard Glissant, en la medida en que se multiplica fractalmente.¹⁴ Mientras sueña y ama, evoca su amada tierra haitiana, y, al mismo tiempo, al modo de un friso, ofrece una visión de su contexto social. Con ella se constata el impacto de la mirada xenófoba y de discriminación sociorracial que le llega de las capas solventes y de poder dominicanas. Sus relaciones cotidianas con la dueña de la casa donde sirve le confirman su racismo: está preocupada de que su hija recién nacida se parezca a los haitianos por el color oscuro de la piel. Amabelle siente, además, la segregación de clase tanto de origen dominicano como la procedente de haitianos que disfrutaban de bienestar. Tiene bien claro que sus coterráneos establecían diferencias con la mayoría de los haitianos pobres que se debatían cotidianamente con las miserias derivadas de la nueva esclavitud implantada por la explotación de la caña de azúcar o la servidumbre doméstica. Los ricos se amurallaban, considerándose distintos porque vivían en casas de madera o cemento, con jardines y árboles frutales. Tenían medios para sobrevivir. Eran hacendados, granjeros, forjadores, canteros, zapateros, maestros, a los que se sumaba el cura Romain. Asimismo, la novela testimonia una vez más la pobreza mancillada cuando se da a conocer que los familiares de los asesinados y los sobrevivientes recibirían una precaria e infamante indemnización monetaria: muy pronto cientos de haitia-

¹⁴ Édouard Glissant, *El discurso antillano* (1981), La Habana, Casa de las Américas, 2010.

nos se aglomeraban haciendo reclamaciones para ser resarcidos en territorio haitiano por la satrapía trujillista. Se agolpaban para ser registrados. Los guardias de la policía reprimen y dispersan a la multitud. En medio de todo se destaca cómo los policías haitianos usaban el mismo uniforme caqui de los dominicanos. Denuncia ¿subliminal? de una herencia del adiestramiento yanqui (p. 232).

En cuanto al tejido narrativo, la crítica ha advertido en la estructura del texto una especial semantización de los capítulos impares, puesto que arman de manera no lineal la vida de los personajes, lo que le ha permitido a la narradora fusionar lo existencial vivido con amores, angustias, desvelos, sueños, pesadillas y esperanzas. La peculiar relación íntima entre Amabelle Désir y Sebastián Onius es la justa dimensión de estos planos entrecruzados. Por otra parte, en los capítulos pares se recrea la precaria existencia de los emigrantes haitianos.

En el aspecto creativo del lenguaje sobresalen los registros líricos. Se sabe que existe toda una tradición en la narrativa escrita por mujeres que relaciona estrechamente su obra con la lírica. La teórica Biruté Ciplijauskaitė, antes citada, dedica un buen espacio de sus páginas sobre la novela femenina contemporánea a demostrar el engranaje fusionado en este tipo de producción.¹⁵ Un ejemplo clásico lo ofrece la literatura cubana con la novela *Jardín* (1993) de Dulce María Loynaz. *Cosecha de huesos* también se proyecta en esta línea. Los pasajes de las peripecias narrativas se entremezclan con la imaginería poética. Los hechos se confunden con visiones oníricas, con espacios temporales en donde se enseorea la poesía. Paradigma en este sentido es el amor concebido para la “eternidad”, nunca finito, inmenso, trascendente. Sin embargo, el argumento depara lo contrario: la eternidad en el amor y la vida no sería únicamente el sentimiento sostenido, sino la imagen perdida de Sebastián, víctima también de la masacre. Los recuerdos de Amabelle se enroscan en retrospectiva, se intercalan las ensoñaciones como en *ritornello*: “Se llama Sebastián Onius. A veces esto es lo único que sé. Ahora me duele la espalda en todos los sitios que él reclamaba para sí, arcos de piel desnuda que le pertenecían, pliegues donde la carne sigue siendo frágil, abrasada como la de

¹⁵ Biruté Ciplijauskaitė, *La novela femenina contemporánea (1970-1985): hacia una tipología de la narración en primera persona* (1988), Barcelona, Anthropos, 1994.

esas quemaduras sin cicatrizar donde cada costra descubre una llama más profunda” (p. 276).

Sebastián dejará de ser el amado concreto de Amabelle para convertirse en perenne nostalgia, en sueños intangibles. En su vulnerabilidad física y sentimental ante tal pérdida, Amabelle siente que “Sebastián Onius y su historia es como un pez sin cola, un vestido sin ruedo, una gota sin caída, un cuerpo que al sol no da sombra” (p. 276). Lo erige en imagen de belleza masculina. Admira sus brazos robustos, curtidos por años de cosechar caña de azúcar. En su recurrente vuelta al pasado, se siente protegida por él. Desde su tierno amor teñido de erotismo sufre el golpe de la pérdida definitiva cotejada con su nueva realidad. Así piensa que él es su amparo, *su aliento*. En la misma línea de hermanar narrativa y poesía, recrea a su progenitora: “En el sueño veo a mi madre alzarse, como el espíritu materno de los ríos, por encima de la corriente que la ahogó. Lleva un vestido de cristal, hecho de la endurecida claridad del río, que ondula detrás de ella como una polvareda cuando corre a mi encuentro y me envuelve en sus brazos de humo” (p. 224).

La relación entre la vida y la muerte tiene mucho peso en la obra de Danticat, por ello es significativo que en esta novela no se precise con una fecha. Destaca el 30 de agosto de 1937, día en que se inscriben nacimientos en una familia. Sin embargo, no se produce una determinación temporal sobre el mes de octubre cuando —se ha venido repitiendo— ocurrió la matanza. Se fijan existencias en agosto, se masacran seres dos meses después. Pero a la novelista le interesa señalar el episodio de las vidas, aunque cierre las peripecias con las muertes, redimidas de todos modos en el alma de Amabelle. Al final de sus días, ella sigue evocando a los suyos y retorna a la catástrofe: “la matanza le había hecho odiar el perejil y el olor de la caña de azúcar. No podía nadar en el río. No podía escuchar el español sin inquietarse” (p. 39). No obstante, su ser se completa con la naturaleza que se revierte en hálitos de recuerdos, en pulsiones para rehacerse espiritualmente a expensas de los azotes de la crueldad, la injusticia y la pobreza que nunca la abandonarán.

Es justamente al final de la novela que se devela la raíz del artificio fonético en torno a la palabra *perejil* y su uso por parte de la política trujillista y la xenofobia de las clases adineradas o acomodadas al sistema dictatorial en Santo Domingo. Sylvie, la

criada, le preguntó a Valencia, la patrona de Amabelle, por qué escogieron la palabra *perejil* para ejecutar esta disposición del gobierno. Le contó que cuando el General era joven trabajaba en una plantación de caña como caporal. Un día un peón haitiano se escapó. El General le expresó a gritos, para que aquél oyera, que si decía en dónde estaba lo perdonaba, de lo contrario lo mataría. Oculto el peón fue voceando los nombres de los campos, en el de trigo dijo *tuigo*. Y en el de perejil dijo *peuejil*. Pensó el General que mientras hubiera perejil cerca los haitianos no podrían esconderse. La erre y el perejil eran determinantes. Concluyó entonces el tirano: “Las palabras delatan de qué lado es cada cual” (p. 300). Y de este modo se va produciendo la entrada a la escena final. Amabelle, encontrándose en su tierra, bajó hasta la ribera del río: “Recordó a sus muertos. Desnuda entró en la corriente. El Profesor [un demente] regresó a contemplarla echada allí. Los dos esperaban el amanecer” (p. 305). Desenlace abierto y marcadamente sugestivo. Desnuda y dentro del agua. En las más diversas creencias de la cultura pluriversal se reitera el efecto purificador del agua. ¿Por qué vuelve Amabelle al río plagado de violencia simbólica y física? ¿Para limpiar y clarificar sus memorias? ¿Para despojarse del dolor de las pérdidas? ¿Para hacer suya la posibilidad de perdonar? ¿En busca de nuevas fuerzas? Quizás todo eso y más. Así de provocadora es la plurisemia de este tejido estético.

En términos de narratividad, salta a la luz que Danticat utiliza varios de los recursos de la novela de su tiempo, ilustradores de la intrahistoria y de sus proyecciones. Uno muy evidente —sin llegar a los abruptos términos posmodernos— es la fragmentación de la tradicional linealidad de la trama para ofrecer una poética subjetividad mezclada con angustias y pesadillas de lo recordado, pero también con sus sueños e ilusiones, recuerdos de gestos solidarios y esperanzas del vivir. Las retrospectivas, tan caras a la novela intrahistórica, le permiten a Danticat ir marcando con frases sugerentes los valores de su tierra y de su pueblo, empobrecido pero firme y luchador. Son frecuentes las alusiones a la época de rebeldía frente a los invasores franceses y a la ocupación yanqui.

Amabelle recuerda su amada Ciudad del Cabo y el incendio provocado por Henri Christophe para que no cayera en manos francesas. Sin embargo no deja de apuntar los desmanes de las for-

mas dictatoriales cuando señala que el rey haitiano mató a muchas personas y que sus construcciones impresionantes costaron mucha sangre. La infancia de Amabelle estuvo aparejada con visiones entrañables de la famosa ciudadela de Christophe (la fortaleza La Ferrière) y de la añorada ciudad. Un momento significativo de la memoria afectiva identitaria lo protagoniza un personaje femenino llamado Man Rapadou, cuando relata haber ajusticiado a su modo al padre de su hijo Yves, espía de los yanquis. Una traición a su pueblo que costó muchas vidas, según se dice. Añade la narradora que Man Rapadou le puso vidrio en la comida al traidor, a pesar de tener un hijo suyo, porque era mayor el amor por su país que el que sentía por él. Y la novela reproduce las palabras de la anciana: “No podía permitir que nos vendiera a los yanquis” (p. 274).

Nótese el sentimiento de resistencia de algunos de los personajes de la novela de Danticat, no sólo en el caso de Man Rapadou. Aunque desde mi punto de vista hace algunas afirmaciones cuestionables, me parece pertinente apuntar que el teórico Tzvetan Todorov presentó este recurso afectivo-cognitivo, suerte de *conciencia de lo pasado*,¹⁶ vinculado con la resistencia, a la par que, citando a Louis Farrakhan, calificó de holocausto la esclavitud histórica de la población negra en tierras americanas.¹⁷ Pudiera entonces inferirse que esta memoria eleva el potencial de resistencia en Danticat, quien ya en 1995, en su novela *Le cri de l’oiseau rouge* dedicó obra y mensaje a los afectos entrañables de las mujeres haitianas (abuelas-madres, madres, tías, hermanas, primas, hijas, amigas) bajo el imperativo de nunca dejarse vencer. Desde el presente, a través del uso de la *memoria ejemplar*, podría decirse lo mismo de *Cosecha de huesos*.¹⁸ No importa que el tiempo haya transcurrido en relación con la masacre de 1937. La memoria reclama un alto en el camino para evitar nuevas *operaciones perejil* en cualquier rincón de nuestro planeta. Es la carga impresionante que alcanza la memoria cultural. Por eso el arte es imbatible y de modo particular el arte de la palabra.

¹⁶ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria* (1995), Barcelona, Paidós, 2000, p. 33; véase también Tzvetan Todorov, *Los usos de la memoria*, Ricardo Brodsky, trad., Santiago de Chile, Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, 2013 (Col. *Signos de la memoria*), pp. 3-17.

¹⁷ Todorov, *Los abusos de la memoria* [n. 16], p. 35.

¹⁸ *Ibid.*

Consolidar y recordar por medio de este tipo de memoria, con sus intrahistorias de los marginados y expoliados, es poner un valladar a la manipulación histórica. Es fijar los acontecimientos en su validez y legitimidad como una forma de resistencia cultural. Revisitar la memoria es darle vida a los hechos y hacerlos fluir desde una nueva óptica, la de la acusación en manos de la justicia humana y universal. Huesos exhumados tras el paso del tiempo. Una llamada permanente para el pueblo dominicano, que en la novela de Danticat también tiene personajes que representan la sensibilidad humana y la solidaridad, aunque haya posiciones y actitudes de subestimación al otro, suerte de alteridad. No denunciar las injusticias y los actos inhumanos es hacerse cómplice, se ha repetido muchas veces. Quizás no las suficientes.

Escritora multivalorada, multipremiada, traducida a numerosas lenguas, Danticat ocupa uno de los primeros lugares de la literatura en Estados Unidos, al punto de que ha sido calificada como la más destacada de la diáspora haitiana. El hecho de escribir parte de su obra en inglés no la excluye del conjunto patrimonial escriturario haitiano, al que pertenece legítimamente por su formación y raigambre. En la complejidad en que se mueve la identidad, la diáspora marca de manera profunda a los seres humanos. Danticat también ha plasmado en su obra esta impronta; su producción es uno de los soportes más sólidos de la identidad haitiana y de la escritura de su memoria, permanente desafío a transgredir fronteras geográficas, étnicas y socioculturales. Así, desde la memoria de la diáspora, Danticat testimonia que siempre hay tiempo para recordar que la violencia política es un arma de la barbarie manipuladora.

Criterios nada gratuitos, pues en su obra confluyen la dignificación de la identidad haitiana, el enaltecimiento de ese patrimonio cultural y literario, la postura de una intelectual que se abre a rumbos reivindicativos de su pueblo y de la mujer con una audaz defensa de los derechos femeninos y promotora decidida de la ruptura de fronteras limitantes en nuestras culturas. Para no dejar que la memoria identitaria perdiera lo que la masacre de 1937 significó de violencia y crueldad contra un pueblo quedó esta *Cosecha de huesos* de 1998, testimoniando seis décadas más tarde esa vesania. No al modo de la obra clásica *Biografía de un cimarrón* (1966) del cubano Miguel Barnet, o de las distintas expresiones testimoniales

de mujeres en la literatura latinoamericana y caribeña. Creo que esta novela haitiana pudiera considerarse una ficcionalización testimoniante que desborda la literatura por sí misma. Sin lugar a dudas, la masacre de 1937 no puede separarse de la referencia obligada a *Cosecha de huesos*.

Ni siquiera el mar diaspórico ha podido borrar lo que ese suceso vandálico significó para el pueblo haitiano. Por el contrario, con esta novela que se apropió de la historia, desde la perspectiva de su relato cuestionador de un pasado de violencia, de injusticias, de pobreza, de caos político, de blancofilia xenófoba, la historia ficcionalizada por Danticat —ficción sólo en los personajes, pero no en la esencia de los hechos— revivió acontecimientos con toda su pujanza estética. Con ella se promueve la afirmación de elementos sustantivos de la haitianidad. Los actores sociales más importantes corresponden a los sectores populares, los ciudadanos de a pie que buscan el sustento cotidiano en territorio transfronterizo. Como se mencionó, ya en 1989, una década antes de la publicación de la novela de Danticat, en su texto “La palabra perejil” —clara referencia al suceso de 1937—, René Philoctète había sintetizado el tipo de comunicación existente de pueblo a pueblo, sin intervenciones políticas. Entonces comentaba: “Dominicanos y haitianos se hablaban en una lengua que sólo ellos mismos pueden entender: el lenguaje de la frontera formado a la vez por usos y costumbres, historia y llamas del corazón”.¹⁹

También Jacques Stephen Alexis retoma la problemática de ambas naciones “encadenadas a la misma servidumbre”, es decir el imperialismo e intervencionismo estadounidense:

Aquí se confundían dos culturas nacionales. ¿Quién sabía qué reservaba el porvenir? Esas dos naciones eran hermanas. Lo que no habían podido consumir todas las guerras de otros tiempos, lo que no podrían conseguir jamás la imposición y la violencia, tal vez lo realizara la vida. Algo se iba anudando aquí, por obra del trabajo, de las canciones, de las alegrías y las penas comunes, algo que terminaría por dotar de un solo corazón y una sola alma a dos pueblos encadenados a la misma servidumbre.²⁰

¹⁹ Philoctète, “La palabra perejil” [n. 3], p. 165.

²⁰ Jacques Stephen Alexis, *El compadre General Sol* (1955), La Habana, Casa de las Américas, 1974 (Col. *Literatura latinoamericana*, núm. 72), p. 334.

Todavía hoy pueden verse a haitianos y a dominicanos que cruzan el río a pie, idas en las mañanas, regresos en las tardes.

En un balance general de aportes conceptuales y creativos del ejercicio escritural en nuestra región, me atrevería a decir que en términos de la narrativa de la violencia Danticat subvirtió tanto la llamada *literatura de la traumatografía*,²¹ como la novela *sicaresca*.²² La crítica ha subrayado este tipo de narrativa en algunas novelas latinoamericanas como las colombianas *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo y *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco. En el tópico de la violencia, la representación literaria de Danticat es de naturaleza traumática en lo subjetivo y lo social, violencia impactante en la narración y descripción del desastre y hasta en el elocuente título.

Pero la novelista prefirió seguir otro camino. Privilegió la carga testimonial en una ficcionalización de tintes poéticos que, en medio de la tragedia pasada, los asesinados y desplazados, daba cabida al ennoblecimiento, tanto del amor en amplia gama expresiva y de encarnación de personajes, como de lazos solidarios que existieron a pesar del terror por las represalias. Si bien la narración está permeada por una atmósfera densa y opresiva en esa frontera de fantasmas acusadores en la que la masacre se refracta en pesadillas, la esperanza se impone, porque mientras haya vida habrá fuerzas para enfrentar el futuro por más incierto que éste se presente.

Durante toda su vida Amabelle Désir esperó a Sebastián Onius —aunque su alma quedó anclada a su terrible pasado—, en una memoria activa articulada a la perspectiva de una protagonista femenina. Toda ella es una voz anticolonial que surge de sus cicatrices para reivindicar la verdad y la justicia desde las dimensiones de un humanismo nunca segregacionista. Amabelle se compromete consigo misma a revelar, a dejar memoria: “Lo único suficiente-

²¹ Véase Tabea Alexa Linhard, “Entre vírgenes y cadáveres: Laura Restrepo y Fernando Vallejo”, en Graciela Martínez-Zalce, Luzelena Gutiérrez de Velasco y Ana Rosa Domenella, eds., *Femenino/masculino en las literaturas de América: escrituras en contraste*, México, UAM-I, 2005, pp. 235-255, particularmente pp. 235-236. Linhard se apoya en varios estudios, sobre todo en el de Cathy Caruth, *Unclaimed experience: trauma, narrative and history*, Baltimore, John Hopkins University, 1996.

²² Véase Françoise Bouvet, “La novela sicaresca colombiana o la crónica de una muerte ordinaria”, *Amerika. Mémoires, Identités, Territoires* (CELLAM-Université Rennes 2), 12 (2015), en DE: <<https://journals.openedition.org/amerika/6447?lang=en>>. Según Bouvet, el término *sicaresca*, como definición de un género literario, nació en 1995 con el escritor Héctor Abad Faciolince.

mente mío como para legarlo es la matanza” (p. 263). Se interpela mientras narra y sus palabras parecen orientarse a restañar heridas y subjetividades laceradas, pero también a evitar que los campos de azúcar se conviertan en nuevos escenarios de cosechas de huesos. Éste es uno de los sentidos alegóricos de la novela, altamente perturbador, que alude directamente a la explotación del obrero y el campesino en las plantaciones cañeras.

No más masacres, parece reclamar la novela, no más cosechas de huesos para el campesino o el trabajador cañero. Tanto o más que el trauma provocado por la masacre, la novela es una alegoría de la herida que sufre el país, de un pueblo con futuro lacerado. He ahí la dimensión artística y humanista de esta obra colocada en el más legítimo arte de la palabra. Dejemos que el perejil crezca no de modo amenazador sino como aderezo de la solidaridad y del amor. Las fronteras no pueden estar sembradas de perejil destinado a barbaries, sino para hacer crecer el humanismo, envolver al ser humano en la aureola actuante de lo mejor de la especie humana.

RESUMEN

En 1937, el dictador dominicano Rafael Trujillo decretó la “Operación Perejil” contra haitianos en el país o dominicanos con ascendencia haitiana. Buscaba una suerte de blanqueamiento nazi-fascistoide en la población dominicana. La novela *Cosecha de huesos* (1998), de la escritora haitiana Edwidge Danticat, es una memoria que testimonia, a la vez que ficcionaliza, el genocidio de miles de haitianos. Una obra de impresionante valor humano y estético.

Palabras clave: Haití, República Dominicana, novela de dictadores, intrahistoria, diáspora haitiana, literatura haitiana.

ABSTRACT

In 1937, Dominican dictator Rafael Trujillo decreed “Operation Parsley” against Haitians in the country and Dominicans of Haitian ancestry. It was intended as a sort of Nazi-Fascist style whitening of the Dominican population. The novel *The farming of bones* (1998), by Haitian writer Edwidge Danticat, is a memoir that attests the genocide of thousands of Haitians, in fiction. A work of impressive human and aesthetic value.

Key words: Haiti, Dominican Republic, dictatorship novel, Intrahistory, Haitian diaspora, Haitian literature.